

reino de Francia», decíale a ella el bosque cercano. «Hay gran miseria», repite el eco. Y como ella dió su brazo, sus nietos dan la carne de su carne y el ánimo de su ánimo.

—No queda un mozo en el lugar—asegúranos una anciana.

Los maridos, los hermanos, los hijos, todos los que pueden aún llevar un arma, se han ido el primer día de la guerra. Muchos de ellos no volverán. Y, sin embargo, no se ve un rostro triste, no se nota la huella de una lágrima, no se siente el silencio de una congoja. Con la fortaleza moral que hace a los pueblos inmortales, todo Domremy palpitaba del mismo entusiasmo.

Pero no creáis que los grandes sentimientos en Lorena adoptan grandes actitudes. ¡Ah, no! Yo no he estado aquí sino de paso para Metz y Estrasburgo en tiempos normales, pero me parece imposible que nunca la sencillez haya sido mayor. Con una naturalidad que indica la constancia en la conciencia, las gentes sonríen al hablar del drama que se desarrolla al alcance de su vista.

—La muerte—parecen decir—no es nada.

¿Tiene esto algo de cementerio?... En los cementerios la muerte es todo. Yo he visto pueblos que son cementerios, y que a la sombra de los cipreses alargan su existencia cual en una tumba de piedra, sin sentir las magníficas palpitaciones de la vida. He visto pueblos que, sepultados entre las grandezas de los recuerdos, no se sienten ya con la vitalidad necesaria para exponer sus propios restos a los riesgos de la acción. ¿Quién no los ha visto? En Oriente, a la luz de un sol que debiera ser foco de fiebres, las bellas razas antaño aventureras duermen su eterno sueño moral envueltas en sudarios brillantes.

Aquí, en cambio, aquí donde los días son breves, aquí donde la niebla vela los horizontes, aquí donde las pu-

pilas son pálidas, la vida hierve sin tregua en las venas y la voluntad está siempre tendida cual un arco.

La exaltación dentro de la armonía, y la esperanza dentro del sacrificio; eso es lo que noto en la Lorena.

De Bar-le-Duc, apenas entrevisto, vamos a Commercy, por el camino que seguían en otro tiempo las carrozas doradas de aquel buen Estanislao de Polonia, que trataba de consolarse de su destierro organizando cortejos dignos de su consuegro póstumo el Rey-Sol. El paisaje conserva la elegancia señorial de otras épocas, y muchos bosquecillos, de los que abundan diseminados en las llanuras de la comarca, tienen un aire tan noble, una gracia tan armoniosa, que parecen parques más propicios a los paseos galantes que a las rudas tareas del leñador. Los leñadores, por lo demás, no deben existir aquí sino en los cuentos populares. Como sus abuelos los galos, los loreneses tienen la religión del árbol, y si ya no los adornan, cual en tiempos de Juana de Arco, con cintas de mil colores, por lo menos los defienden hasta donde les es posible contra la furia del hacha. Hace poco, cuando se dijo que el Estado Mayor pensaba incendiar la floresta a Saint-Mihiel para desalojar a los alemanes ahí emboscados, todo el pueblo, a pesar de su ardiente patriotismo, se sintió entristecido. Y yo he visto, más de una vez, en el curso de nuestra excursión actual, la consternación con que los campesinos contemplan, en los bordes de las rutas, los cadáveres de los grandes álamos derribados por los obuses. «En el tronco de una encina—decían los primeros pobladores de la Galia—vive siempre un dios.» Hoy mismo no es raro encontrar, en los huecos de las cortezas seculares, alguna imagen de San Nicolás o de la Virgen María. Pero las damas de la corte del rey Estanislao, cuyo *château* acabamos de ver surgir entre las arboledas de Commercy, pretendían que era Cupido quien se escondía en los bosques loreneses.



¡Extraña corte la de aquel soberano obeso que después de haber seguido al sanguinario Carlos XII de Suecia en el torbellino de las guerras de Polonia, vino a casar a su hija con el refinado Luis XV! Nacido en Lemberg y elegido rey de Lorena en el Congreso de Viena, hubiera podido tratar de consolidar en sus Estados la influencia del Norte. Mas bastó que Voltaire le besara las manos y la marquesa de Boufflers los labios, para que su alma bárbara se dejase aprisionar en la jaula de oro de la gracia latina. Este castillo que ahora examinamos con curiosidad de turistas, tiene aún toda la pesadez amenazadora de las fortalezas feudales. Más que para alojar un séquito de señores de peluca y de damas vestidas a la Pompadour, dijérase edificado con objeto de defender los valles que lo rodean. Cuando el monarca mandó construir sus muros y sus torres, todavía era polaco. Cuando arregló sus departamentos interiores, reservando los mejores sitios a las damas y a los filósofos de Versalles, su transformación habíase ya operado. Yo lo considero, por eso, cual un símbolo de la historia de Lorena, en la que la fuerza conquistadora de Alemania ha sido siempre conquistada por la sonrisa de Francia. Como Estanislao, antes que Estanislao, otros príncipes vinieron del Norte dispuestos a no quitarse nunca su armadura de acero, y al cabo de algún tiempo sintieron la necesidad de adoptar la elegancia francesa (1). Hoy mismo, a pesar del orgullo alemán, la parte de la Lorena que desde el año 70 pertenece al Imperio ofrece al observador un campo interesante de meditaciones. De Metz a Boulay y de Boulay a Thionville, no hay una sola idea germánica que haya podido echar ahí raíces.

(1) Monsieur d'Audiffret, delegado de Luis XIV cerca del duque Leopoldo, escribía a su soberano hablándole de la corte de Lorena: «Les coeurs sont fort aux Allemands ici». Leopoldo había nacido en Inspruck y su maestro había sido el jesuita alemán Creutzen. Todos saben, sin embargo, cuán lorenés y cuán francés fué, más tarde, el buen duque.

Y es seguro que mañana, cuando la tierra cautiva vuelva a reunirse a la madre patria, no parecerá más extranjera que las demás parcelas de la herencia del territorio.

Commercy también fué antaño feudo imperial. Y, sin embargo, ¡cuán francesa es el alma que se transparenta en todos los movimientos de su existencial! Recorriendo sus calles, ninguna imagen tudescá nos aparece visible. Allá, hacia el Este, en la vieja Alsacia reconquistada, los maestros de escuela enviados de París tienen que enseñar de nuevo la lengua a los niños de Thann. Aquí nunca, ni en tiempo de Oto y de Adalberto, el habla original ha sido olvidada. Y es que si la Alsacia es un filtro en que las dos razas enemigas vierten sus culturas opuestas para mezclarlas, la Lorena es un campo de batalla donde luchan los dos ideales opuestos y donde siempre, vencida o vencedora, Francia impone la supremacía del suyo.

Triste y desierto en épocas normales, Commercy tiene una animación extraordinaria, gracias a la guerra. Y no me refiero al movimiento de tropas que pasan camino del Argona o de Verdun, cantando sus alegres marchas militares. No. La animación que nos sorprende está en los paisanos, en los tenderos, en los labradores, en los que han vivido medio siglo aguardando, esperando el nuevo acto del drama, y que vibran, llenos de ardor, a la voz cercana del cañón.

—¡Ah!—exclama un viejo vendedor de tarjetas postales—. No me hubiera gustado morirme sin ver lo que pasa...

Sus pupilas brillan bajo las cejas frondosas, y su rostro arrugado denota una voluntad tranquila y paciente. Sin olvidar un minuto, ha esperado cuarenta y cuatro años. Su cabeza ha encanecido, y su frente se ha llenado de surcos profundos. Pero basta mirar las llamas azules que arden en sus ojos, para comprender que su alma es siempre la misma de 1870.



No hay un solo lorenés, así, ni uno solo, ni un niño, ni un anciano, ni una mujer, que dude del triunfo.

En Raon-l'Étape, adonde nos encaminamos después de pasar algunas horas en Commercy, el espectáculo de la fe, de la energía y de la confianza es más emocionante que en ninguna parte. Raon-l'Étape es una de las poblaciones del Este que más largo tiempo han sufrido la invasión. Durante diez y nueve días los alemanes ocuparon la plaza.

—Fué en los primeros días de la guerra, cuando no teníamos aquí sino la guarnición ordinaria—nos dice el doctor Rivet—. Una noche, el 25 de agosto exactamente, la división entera del famoso general Deimling atacó a nuestros escasos defensores, y en poco tiempo los deshizo. Los soldados que quedaron vivos fueron llevados prisioneros a Alemania, y las tropas enemigas entraron en la ciudad al paso de parada, más orgullosas que si hubieran vencido a todos los ejércitos franceses. El jefe dirigióse al Municipio, y como no encontró al alcalde, hizo buscar a dos notables ciudadanos, los señores Raoul y Guimet, para decirles que los consideraba responsables del orden público. Luego les ordenó que alojaran a los oficiales en las mejores casas, y que prepararan víveres para los soldados. «En nombre de S. M.—exclamó—tomo posesión de Raon-l'Étape.» Nuestros paisanos se resignaron a su suerte y mostraron la más perfecta calma. Pensar en defenderse contra dos o tres mil hombres armados, hubiera sido una locura. Los que tenían fusiles o pistolas fueron a depositarlos al Ayuntamiento, y la vida de cautivos comenzó. Durante los primeros días no tuvimos que quejarnos sino de las maneras insolentes de los oficiales. Haciendo sonar sus espuelas y arrastrando sus sables, paseábanse por las calles con aires de matamoros. Los chiquillos se reían un poco de ellos, y la gente formal aparentaba no verlos. Al cabo de una semana, las damas alemanas empezaron

a llegar. Los capitanes y los tenientes hacían venir a sus mujeres para asistir a su triunfo y también para participar de él. Todos nos figuramos que aquello calmaría la grosería de los invasores, y que los oficiales saldrían menos de paseo. Lo que sucedió fué lo contrario. Las casas que hasta entonces no habían sufrido sino en sus bodegas, tuvieron que abrir sus armarios. Las señoras alemanas querían ponerse trajes franceses, sombreros franceses, y si no hubiera sido odioso el espectáculo de aquellas capitanas y de aquellas tenientas, que se ponían lo que encontraban, combinando los colores de un modo fantástico, nos habría divertido mucho. Aún tengo presente la facha de una buena teutona, gorda, rozagante y rubia, que se puso un vestido de mi esposa y que iba por ahí ahogándose y preguntando dónde podría encontrar un corsé parisiense. Por la noche, los jefes daban reuniones, a las cuales acudían todas como a una mascarada. Nosotros nos reíamos de aquello, esperando que no duraría mucho. En efecto, la comedia convirtiéndose un día en tragedia. So pretexto de que los habitantes de un barrio habían atacado a los soldados, los incendios comenzaron, sistemáticos y metódicos. El primer día quemaron una docena de casas con el petróleo que un coronel hizo requisionar en las tiendas. Al día siguiente apareció un «aviso» de la Comandancia haciendo saber al vecindario que al menor atentado contra las tropas de S. M., la ciudad entera sería destruída. Aquella misma tarde, sin que nadie supiera por qué, la fábrica Lecuve fué incendiada. El propietario, a quien el general le había dado palabra de que no se cometería ninguna violencia, presentóse al comandante de la plaza y, en términos enérgicos, le reprochó los actos de vandalismo de sus tropas. «Puede usted fusilarme—le dijo—, pues nadie me obligará a callar mientras disponga de un soplo de vida.» El alemán se echó a reír y le contestó que no valía la pena de gritar tanto. «Tome



usted una copa», agregó señalándole una botella de *champagne*. El comandante estaba borracho, y, por fortuna, tenía el vino alegre. A otro notable compatriota nuestro, los alemanes le dieron una broma que merece ser contada. Se trata de M. Ferry, concejal, rico y respetado. Su hijo había sucumbido en la defensa de la ciudad, y las damas de la Cruz Roja lo habían enterrado. Una noche, M. Ferry oyó llamar a su puerta. Asomóse a la ventana y vió a un soldado francés extendido en la acera. Tomó una lámpara, salió a la calle, y ¿qué creen ustedes que encontró? El cuerpo de su hijo... Después del primer incendio hubo otros incendios. Ya verán ustedes la población... Cada dos o tres días, las llamas elevábanse por alguna parte... ¡Era una pesadilla!... Y mientras tanto, la mascarada continuaba, las damas seguían poniéndose trajes franceses, los oficiales seguían dando fiestas... ¡Ah!... Al fin, una noche, el cañón comenzó a dejar oír su voz libertadora. ¡Cuán dulce nos pareció su rugido! El general, furioso, dijo al alcalde que al primer obús que cayera sobre sus tropas, daría orden de destruir la ciudad entera. Por fortuna, no tuvo tiempo. En cuanto los soldados franceses aparecieron por el Sur, los alemanes salieron corriendo hacia el Norte. Las damas, con sus vestidos y sus sombreros, fueron las últimas en marcharse... Los maridos se fueron primero...

Al hablarnos de los incendios, el doctor Rivet no ha exagerado. En cuanto comenzamos a recorrer las calles, nos encontramos con el eterno espectáculo de las ruinas, de las ruinas siempre iguales, de las ruinas ya monótonas por lo frecuentes. Los habitantes hablan de ciento treinta y seis casas quemadas. En la rue Jules Ferry, en la rue de la Gare y en la rue Jacques Melez no queda un solo edificio sano. El mercado, las escuelas, el correo, la iglesia principal, los molinos Vilgrain, las grandes fábricas, todo lo que constituía el orgullo de este pueblo rico y laborioso, ha desaparecido entre las llamas.

Y una vez fuera de la ciudad, en los alrededores de las aldeas, junto a las granjas, en los huertos, en los jardines, el otro cuadro obligatorio aparece: el de las cruces que marcan los lugares de las tumbas, de las pobres tumbas coronadas por los quepis rojos y adornadas de banderitas tricolores. De vez en cuando, sobre una zanja, una cruz más grande cubierta de flores...

—Allí—nos dicen—hay un fusilado.

Ahí están aún los pobres funcionarios municipales que no pudieron reunir los fondos que los alemanes pedían: ahí está el alcalde de Allarmont, ahí está el alcalde de Vexaincourt, ahí está el cura de Luvigny y el abate Mathieu...

—Por ahí debiera estar yo también—exclama el doctor Rivet, que fué amenazado dos o tres veces a causa del celo con que cuidaba a los heridos franceses.

Y agrega:

—En aquellos momentos, lo mismo me hubiera dado... Ahora me alegro de conservar la vida... Morir dudando del triunfo es muy triste... ¡Y hubo días tan negros, cuando esperábamos y no veíamos venir nada!... Pero la prueba de que no hay que desesperar la tenemos al fin... No... No hay que desesperar... En Lorena, todos, en medio de las tumbas, esperamos desde hace cuarenta y cuatro años...

El periodista yanqui que toma asiento a mi derecha en el automóvil que nos conduce hacia la Argona, me habla con extrañeza de la actividad de los franceses. Las tiendas abiertas en pueblos que casi están al alcance del cañón, y las fábricas, cuyas chimeneas continúan llenando el espacio de humo en la zona de la guerra, son para él espectáculos extraordinarios. Pero lo que más le asombra es el dulce trabajo de los campesinos en estas llanuras por las cuales pasaron los invasores y por las cuales pueden volver a pasar.

—Los alemanes están aún en Saint-Mihiel, a orillas



del Mosa—me dice—, y, sin embargo, vea usted con cuánta tranquilidad la gente siembra sin preguntarse para quién.

Son ancianos y niños, y también mujeres, los que se inclinan sobre la madre tierra. Los bueyes abren el surco sin prisa. En las faldas de las colinas, las pastoras apacentan su ganado.

Hay en el paisaje dulzuras de égloga, y la guerra parece tan lejos, que poco a poco llegamos a no pensar en ella. El canal del Marne al Rhin extiende a nuestra derecha su larga línea sinuosa, reflejando en sus aguas quietas los árboles dorados del camino. Todo es de oro, de un oro seco y rojizo: el suelo, el cielo, las copas de las encinas. Es un cuadro de una bienaventuranza absoluta con algo de grave que flota en el aire frío. Se siente en todas partes el esfuerzo, pero no el dolor. El trabajo tiene mucho de rito, con la lentitud de los viejos sembradores que pasan haciendo el solemne ademán de aventar. Una vida humilde y libre palpita sobre la tierra fecunda. A lo lejos, los campanarios de las iglesias aldeanas se destacan tan ligeros que no acertamos a darnos cuenta si el rumor que llega a nuestros oídos viene de ellos o de las esquilas del ganado.

Contemplando el paisaje, mi amigo calla y yo siento que piensa en la dicha de esta existencia y que acaricia de un modo vago el sueño de no seguir adelante, de quedarse aquí, de tomar parte en esta dulzura tan igual, tan serena.

Pero de pronto, al salir de un bosquecillo, el panorama cambia y nos despierta. ¡Ah, ya no es la paz, ya no es la dulzura, ya no es el idilio! Es la tragedia...

—Sermaize—nos dice el guía.

Y luego nos explica que Sermaize, hasta hace tres meses, fué una de las estaciones termales más elegantes de la Lorena. Su población, en verano, era tan grande como la de Bar-le-Duc. Tenía hoteles confortables, res-

*taurants* elegantes, tiendas lujosas. Sus calles amplias animábanse durante la *saison* lo mismo que las de cualquier balneario pirenaico. Las damas de todas partes de Europa, venían a tomar las aguas locales. Los *châlets*, tapizados de viña virgen, extendíanse a lo largo del canal formando un barrio pintoresco.

—Ahora, vean ustedes lo que queda.

En medio de una plaza, una fuente de piedra se eleva en el espacio, intacta. Es lo único que los obuses alemanes han respetado. Lo demás ya no existe sino en estado de ruinas. El incendio ha destruido los techos, y los muros han sido desmantelados por las bombas. Mesina, después de la catástrofe, debe haber tenido un aspecto igual a éste. No hay una sola pared completa, no queda una puerta, no queda, en suma, sino un vasto campo de escombros.

La ciudad, sin embargo, no tiene el aire siniestro que nos ha afligido en Clermont-en-Argonne, en Auve, en Courtacon. Entre las ruinas, los niños juegan trepando por los restos de las tapias, improvisando combates, poniendo, en fin, una sonrisa inconsciente de porvenir en lo que sólo debiera hablarnos del pasado. Y no son únicamente los niños los que animan la necrópolis. Los hombres y las mujeres se reúnen en las plazas, hablando con animación.

—Acerquémonos a un grupo para ver lo que cuentan de sus desgracias—nos dice el capitán.

Nos acercamos y oímos. Pero no es de sus desgracias de lo que se ocupan; no es del ayer sombrío; no es de las casas incendiadas. Es de mañana. Uniéndose en especie de juntas, los sermaizianos estudian, sin oír el cañón que ruge aún por el Norte, la mejor manera de reedificar sus viviendas. Uno de ellos murmura, dirigiéndose a nosotros: «Ya ven ustedes qué horror!» Y en seguida, sin vanos lamentos, nos confía su fe en la resurrección del balneario, para que el verano próximo,



«después del triunfo», la gente pueda venir como siempre. Una claridad tranquila ilumina las miradas. En los rostros no hay nada que se crispe. Con una fuerza interior que entusiasmo y entenece, todos se inclinan ante lo que no tiene remedio y se preparan a crear una nueva vida sobre lo que está muerto. Los más viejos son los que más energías demuestran. Con sus manos callosas de trabajadores, señalan los lugares que mayor interés deben inspirarles: el barrio de los hoteles y de los manantiales, el centro de la fuerza vital del lugar.

—Cuando vuelvan los muchachos de la guerra—exclama uno—es preciso que tengan trabajo. ¡Bien están ganando un poco de calma y de cariño!

Las lugareñas jóvenes que nos rodean, que no tienen la belleza brillante del Mediodía, pero que seducen con sus ojos maliciosos y sus bocas expresivas, sonríen al oír hablar de los muchachos que han de volver. En ninguna de ellas se nota, al evocar la imagen del novio, la menor sombra de miedo. Con aquella confianza en Dios que Juana de Arco elevó hasta la locura sublime, aguardan impasibles.

—Todos volverán y todo renacerá de sus cenizas, no tengáis cuidado—parecen decirnos cuando, al despedirse de nosotros y vernos tan emocionados, nos hacen señas con sus pañuelos.

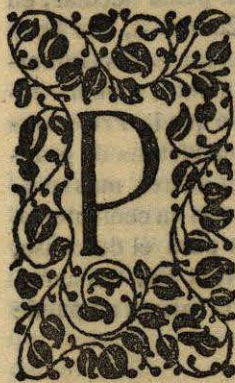
Sí; en un pueblo como la Lorena nada muere de un modo definitivo. Lo que a Barrés le parece un bello cementerio, es, por el contrario, un maravilloso conservatorio de vida. No existe en el mundo comarca que haya sufrido tanto, a través de los siglos, del hierro y del fuego. Sus campos son el perpetuo campo de batalla de todas las razas de Europa. No hay rey, no hay emperador, no hay príncipe que, en el apogeo de su gloria, haya dejado de codiciar esta tierra. Por aquí pasaron los romanos, y tras los romanos los bárbaros. Aquí se formaron las dinastías carolingias. Aquí se hizo coronar

Carlos el Calvo, rival de Luis el Germánico. Aquí celebraron los húngaros su «noche lamentable». Aquí los normandos espantaron a la cristiandad con sus crueldades. Aquí Gisleber fué vencido por los alemanes, que se apoderaron de su ducado. Aquí hubo monarcas obispos, monarcas heréticos, monarcas miserables, monarcas cautivos, monarcas mártires. La lucha entre la Germania y la Francia que hoy ensangrienta este suelo, no es sino la continuación de la formidable pelea secular, en la cual tomaron parte los Otos, los Conrados, los Enriques, los Luises, los Carlos, los Napoleones, los Guillemos. Pasando de unas manos a otras manos, siempre ensangrentada, siempre violada, diríase que la Providencia no creó la Lorena sino para ser una víctima de grandes apetitos. Sus colinas y sus valles tienen más tumbas que flores. Y, sin embargo, no, no es un cementerio, porque los cementerios están hechos para el descanso, y aquí lo que palpita es la vida, una vida tal, tan arraigada al suelo sagrado, que la muerte misma no puede nada contra ella.



## EL CAMPO DE BATALLA DE VERDUN

20 de diciembre.



OR la ventana de mi habitación veo, en las márgenes del río, algo que es como una estampa flamenca, a la vez melancólicamente dulce y dulcemente infantil. Al pie de un puente, ennegrecido por los siglos, se extiende una hilera de casitas grises, estrechas y puntiagudas, que parecen pintadas por un niño en un papel gris. Todas son iguales, todas se inclinan un poco, todas tienen las mismas puertecillas bajas, todas dijérase que van a desplomarse al menor soplo del viento. Y todas están ahí, sin embargo, desde tiempos inmemoriales, y en sus estancias diminutas los nietos de los vencedores de Carlos V viven la más tranquila de las vidas, oyendo el *carrillon* que me despierta esta mañana, y que despertó también a los buenos burgueses antes del Tratado de Westfalia. Porque esta fortaleza, rodeada de cañones, ha sido siempre la más tranquila, la más apacible de las ciudades. Antaño, cuando el emperador español y el rey francés se disputaban su posesión, los cronistas la llamaban «uno de los tres obispados». Hoy conserva aún un aire episcopal y conventual que ni el ruido de las baterías, ni la fiebre del combate le hacen perder. A pocos kilómetros, las bombas estallan. De su plaza de armas salen todos los días

## CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

regimientos que van hacia los campos de batalla. Los automóviles del Estado Mayor pasan rápidos por sus avenidas, llevando a los generales hacia Thavannes, hacia Charny, hacia Donaumont. En el Círculo Militar, los oficiales refieren sus aventuras. No importa. La población sigue tranquila, lenta, silenciosa, cual si nada hubiera cambiado dentro de sus muros. Y para que el contraste sea visible, esta gente, cuya historia es una perpetua tragedia a través de las edades, no parece dar una gran importancia sino a los bombones famosos que se venden en sus tiendas. Goethe, en sus notas de la *Campaña de Francia*, confiesa que, al entrar en Verdun, después del terrible bombardeo, lo que más interés despertó en su alma golosa de alemán fueron las confiterías.

«Nuestro primer cuidado—escribe el 3 de septiembre—consistió en visitar las admirables tiendas de dulces; saboreando las buenas cosas que ahí compramos en abundancia, pensamos en las personas amadas que dejamos en nuestra patria. La gentileza de algunos correos nos permitió enviar a nuestros amigos aquellas golosinas, con objeto de probarles que nos hallábamos en un país donde el ingenio y las dulzuras no faltan nunca.»

Y si en aquellos días crueles en que el invasor hollaba su suelo la población se presentaba así al recién llegado, figuraos cómo la encontraremos nosotros ahora que los alemanes no la han bombardeado ni ocupado sino por medio de los telegramas de la Agencia Wolff. En todas las esquinas, una vetusta *enseigne* anuncia alguna especialidad de bombones. Como Goethe, entramos en la más famosa tienda, y entre bocado y bocado pensamos también en los amigos que se hallan lejos y que deben leer a estas horas algún boletín berlinés anunciando que las fortalezas que nos rodean siguen sucumbiendo bajo el fuego de los terribles obuses del 42



Lo único que nos aflige un poco es la edad y el aspecto de las damas que nos sirven, y que deben haberse escapado de algún beaterio de Flandes. ¡Cuánto más dulces serían estas dulzuras ofrecidas por manos juveniles, con la miel suplementaria de una sonrisa! Pero en Verdun las mujeres son todas viejas. Y no vayáis a evocar el recuerdo de aquel inglés que, al llegar a Boulogne y ver a una muchacha de pelo encendido, escribió en su cuaderno: «Todas las boloñesas son bermejas.» No. Desde el más frívolo teniente al más peludo coronel, no hay quien deje de quejarse de la ausencia de chicas guapas.

Es una especialidad de la villa, ni más ni menos que los bombones. ¿Será que, en su deseo de armonía, el hada local quiere que en el ambiente monástico sólo respiren damas noblemente veladas, discretamente silenciosas, elegantemente hurafías?... ¿O será porque las mamás, siempre temerosas de los militares, encierran a sus hijas detrás de las tapias grises de sus casas?... En el barrio aristocrático, más allá de la puerta almenada de la Chaussée, hay viviendas señoriales que tienen celosías misteriosas, y al pie de la catedral, entre la música del *carrillon* que desgrana de hora en hora su invariable ritmo de campanas seculares, ciertos balconillos floridos hacen pensar en citas nocturnas, a la española. Pero en la calle, en pleno día, ni una mirada luminosa, ni unos labios encendidos, ni un talle coqueto... ¿Qué importa, después de todo, en un lugar donde lo que venimos a buscar son cañones, trincheras y fortalezas?...

El personaje que nos recibe no es un alcalde, como en las demás poblaciones. Es, os lo aseguro, D. Antonio Maura. Sí... Vestido de uniforme, sin cruces, sin charreteras, sencillo y arrogante, como siempre, el ilustre español acaba de entrar en el comedor del Círculo Militar y nos tiende la mano. su fina barba de nieve «encuadra» el rostro juvenil. Sus ojos nos miran de frente, escrutadores y claros.

El capitán Valotte nos presenta, no por nuestros nombres, sino por los países que representamos:

—Suiza, Holanda, Dinamarca, Noruega, Estados Unidos, Italia, España...

—Yo—exclama el recién llegado—soy de Carcasona...

Y, sin duda porque Carcasona es algo española, se vuelve hacia mí.

El capitán toma de nuevo la palabra, muy serio:

—El general Sarrail—nos dice—va a dispensarnos el alto honor de acompañarnos en persona para visitar los fuertes y las trincheras...

¡El general Sarrail!... ¡Uno de los más ilustres jefes franceses!... ¡El que, al mando de los doscientos mil hombres del sexto ejército, logró, en septiembre pasado, un triunfo magnífico contra el príncipe imperial!...

—Yo creí que era D. Antonio Maura—le confío al oído a mi vecino.

—Pues no se parecen en nada moralmente—me contesta—. Éste, en primer lugar, es republicano y anticlerical...

Es, en todo caso, el más amable, el más sonriente, el más guapo de los hombres.

Charlando familiarmente, nos lleva hasta el muelle donde los automóviles nos esperan, y para cada uno de nosotros tiene una frase bondadosa.

—No les ofrezco a ustedes mi lemosina—dice al ver nuestros coches descubiertos—, porque no verían el paisaje... Además, hoy no hace mucho frío...

Luego, bromeando:

—Los alemanes pretenden que han ocupado algunas de nuestras fortalezas... Vamos a ver si ustedes los encuentran en ellas, porque yo, a pesar de mi buena vista, aún no lo he logrado... Vamos al punto más avanzado de nuestras fortificaciones..

Durante el trayecto, mi colega dinamarqués no me deja contemplar en paz los campos atormentados y trá-



gicos que atravesamos. Él, que vuelve de Alemania, no puede acostumbrarse a la idea de que uno de los generales más eximios se tome la molestia de acompañarnos, tratándonos familiarmente. ¡Son tan distintos los militares teutones! Un simple capitán, en Estrasburgo o en Metz, se considera de una esencia superior cuando habla con un miserable paisano.

«*C'est charmant*—me repite a cada instante—, *c'est charmant... Quel peuple charmant...*» Y lo que más le extraña, lo que más le entusiasma es la perspectiva de penetrar en un fuerte en tiempo de guerra, a pocos pasos del enemigo. En Alemania, según él, bastaría con acercarse a una ciudadela de la frontera para exponerse a ser fusilado.

A medida que nos alejamos de la ciudad por las márgenes del Mosa, el campo se extiende en amplias ondulaciones monótonas, dominadas por colinas bajas, sin árboles, sin vida. Según la carta del Estado Mayor, algunos fuertes famosos deben hallarse a nuestro paso, hacia la izquierda, como Choisel y Bourrus. Nuestra vista, sin embargo, nada distingue. Lo mismo que ante las llanuras de Châlons, nos sentimos irritados al darnos cuenta de que hay aquí cerca muchos millares de hombres, muchos centenares de cañones, y que no podemos verlos. Evocando al poeta extasiado ante el muro detrás del cual «pasaba algo», tenemos que contentarnos con suponer que es entre los raros zarzales del Norte donde las baterías se esconden. Como aparatos guerreros, lo único que encontramos de trecho en trecho, a uno y otro lado del camino, son alambrados que van a perderse entre las malezas, confundiendo sus redes grises con el color uniforme del suelo.

Al cabo de veinte minutos nuestra caravana se detiene en un lugar desierto.

—No podemos ir más lejos en automóvil—nos dice el general—. Aquí está el último fuerte de la plaza.

Examinando atentamente el terreno, descubrimos, a la izquierda, una puerta baja, por la cual salen a nuestro encuentro algunos oficiales de Artillería.

—Ya ven ustedes—agrega Sarrail—que no hay alemanes por aquí.

Lo que no vemos es el fuerte. Estamos en él, y no lo vemos. La noción romántica de una obra fortificada, con sus torres, sus muros, sus fosos, sus almenas, no se parece a la realidad moderna. Por mi parte, yo ya sabía que en nuestra época lo más importante es ocultar los lugares desde los cuales se dispara, y, naturalmente, no tenía la esperanza de encontrar un castillo cual los que se construían en la Edad Media. Pero lo que tengo ante los ojos es tan extraño en su desnudez, que, verdaderamente, no logro acostumbrarme a la idea de que estoy en un lugar de guerra. Por ninguna parte aparece la boca de un cañón. Detrás de la puerta extiéndese una especie de duna arenosa cubierta por algunas matas secas. Luego, las eternas ondulaciones áridas, los eternos alambrados, la eterna soledad...

Dejando nuestros automóviles en la ruta, seguimos un camino estrecho, a pie, y llegamos hasta un bosquecillo, situado a tres o cuatro kilómetros del Marne.

—Si el día estuviera más claro—nos asegura uno de los militares que se han unido a nuestro grupo—, desde aquí podríamos ver las líneas alemanas, hacia allá, hacia Cuisy, al oeste de Forges... Forges es la espesura que tenemos aquí delante..., a mil metros... Ahí están nuestras trincheras...

Una niebla ligera nos vela el horizonte, y por más esfuerzos que hacemos para descubrir algo con nuestros gemelos de campaña, sólo vemos el campo vacío. El general Sarrail sonríe ante nuestras vanas curiosidades, y no sé por qué se me figura descubrir en su sonrisa cierta melancolía, como si le fuera penoso tener que dirigir una batalla así, tan subterránea, tan oculta, en vez de



mandar soberbias cargas de Caballería, montado en un corcel ardiente. La llanura que se abre ante nosotros convida, por lo demás, a una acción menos escondida. Entre las florestas de Montfauçon, donde los alemanes se atrincheran, y las márgenes del río, ejércitos enteros podrían maniobrar a campo raso, disputándose la posesión de la ciudad codiciada, que está allá, en el fondo, muy tranquila.

Pero nada, nada, nada. A pocos pasos de nuestro bosquecillo seco la tierra aparece cubierta de agujeros en forma de embudos, que los obuses hacen al estallar. Un poco más lejos álzanse unas cuantas cruces rústicas. En una pequeña eminencia tres grandes chopos yacen, como derribados por un rayo. Son los signos evidentes de que nos hallamos en las últimas líneas de fuego y de que la artillería enemiga suele enviar hasta aquí sus famosas *marmitas*.

Uno de nosotros pregunta qué sendero es el que atraviesa delante de nosotros el campo.

—Son nuestras últimas trincheras—contesta un oficial—. Desde aquí podríamos hablar a gritos con los soldados.

Ahí hay soldados, pues, ahí comienza la lucha, ahí está la batalla... Y nosotros no distinguimos sino la cinta negra de la zanja, que se nos antojaba un caminito desierto.

¡Qué extraña cosa es una guerra científica! Los cañones no se ven, los hombres no se ven. Un hilo telefónico une a los observadores que están en sus cuevas, a pocos pasos del adversario, con las baterías de los fuertes. Y los hombres mueren, no obstante, en esas fosas que ya tienen algo de sepulturas; los hombres matan desde sus escondites; los hombres luchan, sin moverse, sin verse, sin conocerse... Ayer, nada menos, un *bloc-kouse* que los alemanes habían construido aquí cerca, y en el cual dormían doscientos soldados, recibió un obús

de 120 y se convirtió en una tumba. Hoy los franceses han ocupado esa ruina, han enterrado a los muertos, y esta noche, después de reparar el techo de la caverna, dormirán ahí, sin saber si un obús les hará despertarse también en el otro mundo.

—¿No podríamos acercarnos a las trincheras?—pregunta Sims, el americano.

—No—contesta el general—, de ninguna manera... Durante el día no se puede pasar de aquí... Este bosquecillo nos oculta; pero si nos arriesgáramos un poco al descubierto, en el acto nos descubrirían las baterías alemanas... Hace poco me mataron un caballo ahí cerca... ¡Si supieran que yo estoy en este sitio con ustedes!... Para llevar las municiones y los víveres a nuestras trincheras tenemos que esperar la noche... El menor movimiento, en pleno día, provoca una lluvia de proyectiles... Esos señores no escatiman los obuses...

En estos momentos no se oye ni un tiro. Un silencio de muerte envuelve el campo, y hasta las ramas de los árboles que nos rodean parecen abstenerse, de intento, de todo murmullo. Muy lejos, muy lejos, entre la niebla, un punto negro se agita en el cielo, y creemos que puede ser un aeroplano. Un artillero lo observa un instante, y en seguida mueve la cabeza desdeñosamente. No es ni siquiera eso. La misma palabra acude sin cesar a nuestros labios: nada...

Nada, no hay nada; nada palpita, nada se mueve.

Aun los más serios de nuestro grupo, los que creen que la vida no ha sido hecha para exponerla sin razón, sienten nostalgias de peligro. Hallarse en lo que se llama el teatro de la guerra, al alcance de los cañones; poder casi hablar con los que luchan; sentir que alrededor ha habido cuadros atroces de agonía y no asistir a una escena siquiera del gran drama, nos entristece. Todos callamos, buscando en el espacio un punto que resalte, una imagen que sobresalga. Todos evocamos